

— En serio, Gonzalo, en serio. Elección, reconciliación, sumisión, y tú en Lisboa bailándole el agua á San Fulgencio, y en Oliveira del brazo de Andrés; todo eso me parece que desentona... Pero, en fin, si Rosa se portó bien hoy, no aludamos más á cosas tristes.

Gonzalo protestaba de nuevo, cuando la bandurria resonó en el corredor y el *Fado* recomendó más lento, más glorificador:

Vieja casa de Ramires,  
Honra y flor de Portugal.



## VI

LA casa de Cavalleiro, en Corinde, era una edificación de fines del siglo XVIII, pintada de amarillo, lisa y vasta, con catorce balcones á una quinta, casi toda de tierra labrantía. Los jardines, visitados en tiempos del abuelo de Andrés por la señora doña María II, abundaban en rosas espléndidas, y los salones estaban limpios y aseados, merced al cuidado de una parienta noble de Cavalleiro, doña Jesuína Rollim. Cuando Gonzalo atravesó la antesala reconoció aún un cuadro borroso y desdibujado, combate de galeones, que él rasgara una tarde, con una espada, jugando con Andrés á las batallas.

Bajo ese cuadro esperaba melancólicamente un amanuense del Gobierno civil, y desde una puerta remota, Andrés, avisado por el criado, gritó alegremente:

— ¡Gonzalo, entra para acá, para el cuarto! Salgo del baño... Todavía estoy en calzoncillos. Y en calzoncillos todavía, lo abrazó generosa-

mente. Después, mientras se vestía, conversaron del calor, de la jornada enfadosa, de Lisboa des-poblada.

— ¡Un horror! — exclamaba Cavalleiro olvidando unas tenacillas de rizar el bigote en la lámpara de alcohol —. Todas las calles de Baixa, en obra, cubiertas de cal, de polvareda. El Central, infestado de mosquitos. Mucho mulato ¡Una Túnez!. . . Pero combatimos bravamente.

Gonzalo sonreía desde el canto de un diván, donde se acomodara, entre una pila de camisas de color y otra de calzoncillos con monograma flamante:

— ¿De manera que está todo arreglado?

Cavalleiro, delante del tocador, frisaba con esmero las puntas del bigote, y sólo después de empapararlo en brillantina y de recamar las ondas de la cabellera rebelde, aseguró á Gonzalo, ya inquieto, que la elección quedara asegurada. . .

Cuando llegué á Lisboa, en el Ministerio del Reino, estaba prometido el distrito á Pitta, á Teo-tonio Pitta, el de *La Verdad*.

El hidalgo agitóse despeñando el montón de camisas:

— ¿Y entonces?

Entonces él mostrara á José Ernesto la inconveniencia de disponer del distrito como de un cigarro sin consultarle á él, gobernador civil y dueño del distrito; y como aquél aludiera á la conveniencia superior del Gobierno, Andrés dijé-

rale rotundamente: «Pues Zesinho, yo traigo á Ramires por Villa-Clara ó dimito y arde Troya...» Espantos, escarceos, berridos; pero José Ernesto cedió y todo terminó comiendo ambos en Algés con el tío Reis Gomes, donde, por la noche, al «bluff», las señoras le ganaron catorce pesos.

— En resumen, Gonzalo, necesitamos estar atentos. José Ernesto es rapaz leal y antiguo amigo, y además conoce mi genio. Pero hay compromisos, hay presiones. Vamos ahora á la novedad pintoresca. ¿Sabes á quién se propone contra ti por los Regeneradores? Adivínalo. . . A Julino.

— ¿A qué Julino? ¿A Julio el fotógrafo?

— A Julio el fotógrafo.

— ¡Diablo!

Cavalleiro encogió los hombros con piedad.

— Saca diez votos á la puerta de la quinta y el retrato á todos los taberneros del distrito en mangas de camisa y continúa siendo Julino. . . No, únicamente la canalla política de Lisboa me inquieta. . .

Gonzalo torcía el bigote desconsolado:

— Imaginé la cosa más sólida, más indiscutible. Con todas esas intrigas todavía surge una trapi-sonda. . . todavía me retiro. . .

Cavalleiro, ante el espejo, estiraba el chaquet, experimentándolo abotonado, y hacía demora-damente la corbata de seda clara que prendió con un zafiro. Por fin, encharcando el pañuelo en esencia de heno:

— Nosotros estamos bien aliados, confraternalmente aliados, ¿no es verdad? Entonces, mi caro Gonzalo, sosiega y almorcemos. . . Creo que este chaquet de nuestro Amieiro sienta con cierta gracia ¿eh?

— ¡Magnífico! — afirmó Gonzalo.

— Bajemos ahora al jardín para que vuelvas á ver los árboles que fueron tus amigos, y para que te florezcas con una rosa de Corinde.

En el corredor, ornado de jarrones de Indias y de arcones vetustos, Andrés, cogiendo del brazo á Gonzalo, á su recuperado Gonzalo:

— Pues, hijo mío, de nuevo pisamos la noble tierra de Corinde como hace cinco años. . . Y nada mudó, ni un criado, ni una cortina. Ahora, uno de estos días, es preciso visitar la Torre.

— ¡Oh, la Torre está muy cambiada! . . . ¡Muy cambiada! — contestó Gonzalo.

Un embarazado silencio pesó, como si entre ellos surgiese la imagen entristecida de la antigua quinta, en el tiempo de los amores y de las esperanzas, cuando Andrés y Graciña buscaban las últimas violetas de Abril, bajo la sonrisa tutelar de Miss Rhodes. Bajaron silenciosamente la escalera de caracol, por donde en otro tiempo se despeñaban cabalgando, y abajo, en una sala rodeada de bancos de madera, con las armas de los Cavalleiros en los espaldares, quedóse Andrés delante de la puerta vidriera del jardín, y con un gesto desconsolado y lánguido dijo:

— Yo vengo ahora poco por Corinde, y comprenderás bien que no me retienen en Oliveira los cuidados de la administración. Pero este caerón entenebrecióse desde la muerte de mamá. Ando aquí como perdido, y créeme, cuando me demoro en él algún tiempo, doy unos paseos muy tristes por esos jardines, por la calle Grande. ¿Recuerdas tú todavía la calle Grande? Voy envejeciendo muy solitariamente, Gonzalo.

Gonzalo murmuró, por concordancia, por simpatía renovada:

— Yo también me aburro en la Torre.

— Pero tú tienes otro genio. . . Yo, realmente, soy un elegíaco. . .

Corrió el cerrojo de la puerta vidriera, y limpiándose los dedos en el pañuelo perfumado:

— Yo creo que Corinde sólo me agradaría ahora con grandes cerros pelados y rocas agrestes. A veces, dentro del alma, necesito el yermo de San Bruno.

Gonzalo reíase de aquel apetito ascético, murmurado con preciosidad á través del bigote retorcido con tenacillas y resplandeciente de brillantina.

— Con efecto, para un discípulo de San Bruno, ¡qué escándalo!, todo este aseo. Pero para un pecador como yo, ¡qué delicia! El jardín de la Torre está hecho un lodazal.

— A la prima Jesuína le gustan las flores. ¿Tú no conoces á la prima Jesuína? Una vieja parienta

de mamá que gobierna ahora la casa. ¡Y con un escrúpulo, con un amor! Si no fuese por la santa criatura, los puercos hozaban en los canteros de violetas. Gonzalo, donde no hay sayas, no hay orden.

Bajaran la escalera por entre los tiestos de loza azul, que traspordaban de geranios, de sepias, de cañas de Indias. Gonzalo recordó la víspera de San Juan en que rodara por aquellos escalones con los brazos cargados de cohetes, y lentamente, á través del jardín, evocaba memorias de camaradería antigua. Allá se conservaba el trapecio de los tiempos en que ambos cultivaban la religión heroica de la fuerza, de la gimnástica, del baño frío. . . En aquel banco, bajo la magnolia, leyera una tarde Andrés el primer canto de su poema *El Fronteiro de Arcilla*. ¿Y el blanco? El blanco donde se ejercitaban á pistola para los futuros duelos inevitables en la campaña que ambos meditaban contra el viejo Sindicato constitucional. . . ¡Oh, dolor!, toda esa parte del muro, unida al lavadero, fuera derribada, después de la muerte de mamá, para alargar la estufa.

— Por otra parte, el blanco era inútil — añadió Cavalleiro —. Por ese tiempo entré yo en el Sindicato. . . Y ahora entras tú por la puerta que yo te abro.

Entonces Gonzalo, que cogiera y deshacía entre sus dedos hojas de lucialima, acudió con una franqueza que aquel desenterrar de recuerdos tornaba más penetrante y sentida:

— Y yo deseo entrar ardientemente, bien lo sabes. Pero, ¿tú me aseguras la elección? ¿No surgirán dificultades? Ese Pitta es un hábil.

Cavalleiro murmuró:

— De las habilidades de los Pittas se ríe la fuerza de los Cavalleiros.

Por tres escalones de ladrillo bajaran al otro jardín sin árboles ni sombras, donde desde Mayo llenaba el aire de fragancia el tan celebrado bosque de rosales, orgullo de la quinta de Corinde. Gonzalo regó de loores deslumbrantes las rosas de Cavalleiro.

— Una belleza, Andrés, una maravilla. Tienes aquí rosas sublimes. Aquellas repolludas son una delicia. ¿Y estas amarillas? Mira este encanto de rosa con el rubor rayando en el fondo de los pétalos blancos. ¡Oh qué escarlata! ¡Oh qué divina escarlata!

Cavalleiro cruzara los brazos con una vaga melancolía en el semblante:

— Pues mira. Tal es mi soledad social y sentimental, que, con todas estas rosas, no tengo á quién mandar un ramo. Estoy reducido á florecer á las Louzadas.

Un escarlata más vivo que el de las rosas que alababa cubrió el rostro del hidalgo:

— ¡Las Louzadas! Son unas sinvergüenzas.

Andrés miró á su amigo con curiosidad.

— ¿Por qué sinvergüenzas? ¿Por qué?

— ¿Por qué? Porque lo son. Por su naturaleza

y por la voluntad de Dios. . . Son desvergonzadas, como estas rosas son encarnadas.

— ¡Ah, genéricamente! . . . Con efecto, tienen una inmensa pezuña. Por eso yo las cubro de rosas, y en Oliveira, todas las semanas tomo con ellas un té respetuoso.

— Pues no las amansas — rezongó el hidalgo.

Mateo apareció en los escalones de ladrillo, con la servilleta en la mano y la calva rebrillando al sol. Era el almuerzo y Cavalleiro cogió para Gonzalo una «rosa triunfal» y para sí un «botón inocente. . .» y enflorados subían para la casa entre el brillo y el perfume de otros rosales, cuando Cavalleiro se detuvo con una idea:

— ¿A qué hora vas tú para Oliveira, Gonzalo?

El hidalgo titubeó. ¿Para Oliveira?... No intencionaba ir á Oliveira en toda esta semana. . .

— ¿Por qué? ¿Es urgente que vaya á Oliveira?

— Pues, hombre, claro que sí. Mañana mismo necesitamos conversar con Barrolo y combinarnos por causa de los votos de la Murtosa. Mi querido Gonzalo, no podemos dormirnos. No es por Julio, es por Pitta.

— Bien, bien, iré á Oliveira.

— Porque entonces — continuaba Andrés —, vamos los dos á caballo. Es un bonito paseo por los Freixos. ¿Tienes que mandar á la Torre á buscar ropa?

No, Gonzalo; para evitar la inoportunidad de

las maletas, conservaba en los Cuñaes un equipo entero, desde las zapatillas hasta las corbatas, y entraba en Oliveira como el filósofo Bías en Atenas.

— ¡Delicioso! — declaró Andrés —. Hacemos entonces nuestra entrada oficial en Oliveira. Es el comienzo de la campaña.

El hidalgo torcía el bigote consternado, pensando en las risas perversas de las Louzadas, de toda la ciudad, ante una entrada tan aparatosamente fraternal, y cuando Cavalleiro recomendó á Mateo que mandara aparejar el *Rossillo* y la yegua del hidalgo para las cuatro y media, Gonzalo exageró su recelo de calor, de polvareda. Mejor sería salir á las siete con la fresca. (Así esperaba penetrar en Oliveira desapercibidamente, entre la luz difusa del crepúsculo). Andrés protestó:

— No, es una tontería; llegamos á la noche. Necesitamos entrar con solemnidad, á la hora de la música en el paseo. . . ¿A las cinco?

Gonzalo, encogiéndose de hombros bajo la fatalidad:

— Bueno, pues á las cinco.

En el comedor, colgado de renegridos cuadros de flores y frutas sobre un papel bermejo imitando damasco, Andrés ocupó la veneranda butacona de brazos del abuelo Martín. El brillo de las plantas, la frescura de las rosas en un florero de Saxe, revelaban los desvelos de la prima

Jesuína, que, con dolor de entrañas esa mañana, no se vistiera y almorzaba en su cuarto. Gonzalo loó aquel elegante orden, tan raro en una casa de solterón, lamentando la falta de una prima Jesuína en la Torre, y Andrés sonreía, desdoblado la servilleta, con la esperanza de que Gonzalo contase á los Barrolos el comfortable lujo de Corinde. Después, picando con el tenedor una aceituna:

— Pues, mi querido Gonzalo, estuve en la capital y después, un día en Cintra.

Mateo entreabrió la puerta para recordar á su excelencia que el amanuense del Gobierno civil esperaba:

— Pues que espere — gritó su excelencia.

Gonzalo recordóle que tal vez el hombre tuviese ya hambre. . .

— Pues que almuerce — gritó su excelencia.

Aquel seco desprecio de Andrés por el pobre empleado, olvidado en un banco de la entrada con su carpeta sobre las rodillas, constreñía al hidalgo, y picando también una aceituna:

— Decías que en Cintra.

— Incolora — resumió Andrés —. Polvareda horrenda y mujerío mediocre. . . Ya me olvidaba. ¿Sabes á quién encontré allí en la carretera de Collares? A Castañeiro, á nuestro Castañeiro el de los *Anales*, de sombrero de copa. Levantó desolado los brazos al cielo: — «Y ese Gonzalo Mendes Ramires, ¿no me manda la novela?» —

Parece que el primer número de la revista sale en Diciembre, y él necesita el original en los comienzos de Octubre. Me suplicó que te recordara la gloria de los Ramires. Tú debías acabar la novela. Hasta conviene que antes de entrar en la Cámara aparezca un trabajo tuyo, un trabajo serio, de erudición fuerte, bien portuguesa. . .

— Claro que conviene, contestó Gonzalo. A la novela sólo le falta el capítulo cuarto. Pero ese es justamente el que requiere más preparación. Para acabarlo necesitaba tener el espíritu bien sosegado, y la certeza de esta infernal elección. . . No es el animal de Julio el que me importa. Pero la canalla intrigante de Lisboa. . . ¿Que te parece?

Cavalleiro sonrió, extendiendo de nuevo el tenedor hacia las aceitunas.

— ¿Qué me parece? Que estás como una niña pequeña afligida, con miedo á que no te llegue el plato de dulce. Con efecto, encontré á José Ernesto muy titubeante. Existían compromisos antiguos con Pitta. *La Verdad* ha sido furiosamente ministerial. . . y ese Pitta, cuando supo que le tapé Villa-Clara, arde en furor contra mí. Lo que me es soberanamente indiferente; cóleras de Pitta no me quitan el sueño. . . Pero José Ernesto admira á Pitta, necesita de Pitta, está empeñado en pagar á Pitta con un distrito. El último día aún me dijo en el Ministerio: «Veo que los diputados por Villa-Clara mueren; ahora bien, si siguiendo esa buena

costumbre, tu Ramires muere pronto, entonces entra Pitta.»

Gonzalo quedó estupefacto:

— Si yo muero... ¡Qué animal!

— O si murieses para el distrito, atajó riendo Cavalleiro. Por ejemplo, si nos disgustásemos, si mañana surgiese entre nosotros una disidencia... En fin, lo imposible.

Mateo entraba con la sopera.

— A ella, exclamó Andrés. Y no se hable más de distritos, ni de Pittas, ni de Julios, ni de la malhadada política. Cuenta la intriga de tu novela. ¿Histórica, eh?... ¿Edad Media? ¿D. Juan V? Yo, si intentase ahora escribir una novela, escogía una época deliciosa: Portugal bajo los Felipes...

Las seis y tres cuartos daban en el reloj, siempre adelantado, de la iglesia de San Cristóbal en Oliveira, cuando Andrés Cavalleiro y Gonzalo, bajando por la calle Vieja, penetraron en el paseo de la Loza (ahora *paseo del consejero Costa Barroso*).

Todos los domingos tocaba en un kiosko que el consejero, cuando era Presidente de la Cámara, mandara construir, la charanga del regimiento ó la filarmónica *Lealtad*, tornando aquel paseo en el centro más sociable de la quieta y casera ciu-

dad. En esa tarde, sin embargo, como comenzara en el convento de Santa Brígida una tómbola patrocinada por el obispo, las señoras rareaban en los bancos de piedra y en las sillas del Asilo, esparcidas por debajo de las acacias. Las Louzadas faltaban en su sitio, sitio superiormente escogido para divisar todo el paseo, las casas que lo cierran por el lado de San Cristóbal y por el lado de las Trinitarias, la calle Vieja y la calle de las Vellas, la barraca de la limonada y hasta otro retiro púdicamente disfrazado por una enmarañada cortina de plantas trepadoras. Las únicas personas conocidas, doña María Mendoza, la baronesa de Marges, las dos Alboins, conversaban de espaldas al paseo, junto á la barandilla de hierro que lo limita, sobre la antigua muralla, desde donde se dominan los campos, la tapia del Seminario nuevo, todo el pinar de Esteviña y las revueltas umbrosas de las riberas del Créde.

Mas entre los caballeros que trillaban vagarosamente la parte del paseo denominado el «Picadero», gozando la *Marcha del Profeta*, el espanto revivió (á pesar de que todos conocían la reconciliación famosa del Gobierno civil), cuando los dos amigos aparecieran los dos de sombrero de paja, ambos de polainas altas, al paso solemne de dos yeguas, la de Gonzalo airosa y baya, de cola corta, á la inglesa; la de Cavalleiro, pesada y negra, de cola larga, rozando las losas. Mello Alboins, el barón de las Marges y el doc-

tor Delgado pasaran en una fila pasmada, á la que se juntó uno de los Villa-Vellas, después el mayorazgo Pestaña, después el grueso comandante Ribas con la guerrera desabotonada, comentando «aquel compadrazgo...» El notario Guedes derribó la silla en el alborozo con que se levantó indignado, pero respetuoso, descubriendo la calva en una inmensa cortesía en que el sombrero blanco le temblaba y el viejo Cerqueira, el abogado, que salía de detrás de unos árboles y se abotonaba la bragueta, paróse con los dedos olvidados en los botones.

En tanto, los dos amigos, gravemente, seguían por la orilla de las casas que el palacete de doña Arminda Villegas domina con el pesado blasón de los Villegas en la fachada y sus diez balcones de hierro, opulentados por cortinas de damasco amarillo. En el balcón de la esquina, Barrolo y José Mendoza fumaban sentados en sillas de paja, y al sentir el golpear lento de las yeguas, al divisar tan inesperadamente á su cuñado, el buen Barrolo casi se despeñó por el balcón.

— ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!... ¿Vas para casa?

Y sin esperar contestación, gritó de nuevo:

— Nosotros ya vamos. Comeremos acá esta tarde. Graciña está allá arriba con la tía Arminda. Vamos ya.

Cavalleiro saludó risueñamente al capitán Mendoza. Ya Barrolo sumiérase con entusiasmo hacia adentro de los damascos amarillos, y los dos

amigos, dejando por el paseo aquel surco de espanto, penetraran en la calle de las Vellas, donde un policía se perfiló con la mano en el ros, lo que agradó extraordinariamente al hidalgo de la Torre.

Cavalleiro acompañó á Gonzalo al paseo del Rey. Delante del palacete, un hombre de boina encarnada removía en su organillo el coro nupcial de *Lucía*, espiondo las ventanas desiertas. Joaquín de la Puerta corrió desde el patio á asegurar la yegua del hidalgo. Con una muda sonrisa el tocador extendiera la boina, y, después de darle un puñado de cobre, Gonzalo murmuró por fin, embarazosamente:

— ¿No quieres entrar á descansar, Andrés?

— No, gracias. Entonces, mañana á las dos en el Gobierno civil con Barrolo, para combinarnos sobre los votos de la Murtosa... Adiós, Gonzalo. Dimos un bello paseo y espantamos á los pueblos.

Y su excelencia, envolviendo al palacete en un demorado mirar, bajó por la calle de las Teceadeiras.

En su cuarto (siempre preparado, con la cama hecha), Gonzalo acababa de lavarse, de cepillarse, cuando Barrolo se precipitó por el corredor, jadeante y fatigoso, y detrás de él Graciña, anhelante también, quitándose nerviosamente el sombrero. Desde la tarde en que Barrolo «presenciara con sus propios ojos» la conversación de



Gonzalo y de Andrés en el balcón del Gobierno civil, hirviera en él y en Graciña una impaciencia desesperada por penetrar los motivos, la encubierta historia de aquella reconciliación sorprendente. Después, la fuga de Gonzalo en el coche de la Torre, sin parar en los Cuñaes; la repentina jornada de Cavalleiro en Lisboa; el silencio que cayera sobre aquel suceso más pesado que una tapa de hierro, casi los aterró. Graciña, á la noche, en el oratorio, murmuraba distraída: «¡Oh Señora mía, qué será!» Barrolo no osaba correr á la Torre, pero hasta soñaba con el balcón del Gobierno civil, que le parecía enorme, creciendo, llenando toda Oliveira, rozando ya las ventanas de los Cuñaes. Y he ahí ahora á Gonzalo y á Andrés que entran en la ciudad á caballo, muy serenamente, como compañeros constantes, recogién-dose de un paseo.

A la puerta del cuarto, Barrolo rompió á gritar:

— Entonces ¿qué significa todo esto? No se habla de otra cosa. Tú con Andrés.

Graciña, encarnada como las rosas de su sombrero, sólo balbuceaba:

— Y ni vienes, ni escribes. . . Nosotros con tanto cuidado. . .

Delante de la puerta abierta, sin sentarse, el hidalgo aclaró el «Misterio», con la toalla todavía en las manos:

— Una cosa muy inesperada, pero muy natural. Sanches Lucena murió, como ustedes saben.

Quedó vacante el distrito de Villa-Clara, y es un distrito por donde sólo puede salir un propietario de influencia. El Gobierno mandóme preguntar inmediatamente, por telégrafo, si yo deseaba presentarme. Ahora yo en el fondo estoy á bien con los Históricos, soy amigo de José Ernesto. Quería entrar en la Cámara. Acepté.

Barrolo dióse una palmada triunfal en la cabeza:

— Entonces era cierto, ¡caramba!

El hidalgo continuaba restregándose interminablemente las manos.

— Acepté, está claro, con condiciones, y muy fuertes. Pero acepté. . . En este caso, como ustedes saben, conviene que el candidato se entienda con el gobernador civil. Yo, al principio, no quería renovar relaciones. Instado, sin embargo, muy instado desde Lisboa, y por consideraciones superiores de política, consentí en ese sacrificio. En las dificultades en que se encuentra el país, todos deben hacer sacrificios. Yo hice ese. . . Andrés estuvo, por otra parte, muy amable, muy afectuoso. De suerte que somos otra vez amigos. Amigos políticos, pero muy lealmente. . . Almorcé hoy con él en Corinde y vinimos juntos por los Freixos. . . Una tarde linda. En fin, renació la antigua armonía. La elección está segura.

— Vengan esos huesos — gritó Barrolo transportado.

Graciña terminara por sentarse sobre la cama

con el sombrero en el regazo, mirando al hermano en un silencioso enternecimiento en que sus dulces ojos se humedecían y reían. El hidalgo doblaba la toalla con distraído vagar:

— La elección está segura, pero precisamos trabajar. Tú, Barrolo, tienes que conversar también con Cavalleiro. Mañana, en el Gobierno civil, á las dos. Es necesario que os entendais por causa de los votos de la Murtosa. . .

— Lo que ustedes quieran. Votos, dinero. . .

Gonzalo, encharcando vagamente el chaquetón en agua de Colonia que pingaba en el suelo:

— Desde el momento en que yo me reconcilio con Andrés, acaba todo. Tú, Barrolo, inmediatamente te reconcilias también. . .

Barrolo replicó deslumbrado:

— Pues está claro. Y yo, por mi parte, gusto inmensamente de Cavalleiro. Siempre le estaba diciendo á Graciña. . . «Señores, esta tontería por causa de la política».

— Bien — concluyó el hidalgo —. La política nos separó, la política nos reúne. Es lo que se llama la inconstancia de los tiempos y de los imperios.

Y agarró á Graciña por los hombros, dándole dos besos en cada carrillo.

— ¿Y la tía Arminda? ¿Buena del pie? ¿Volvió ya á las hazañas de *Leandro el Bello*?

Graciña resplandecía con la sonrisa que la llenaba de claridad y dulzura:

— La tía Arminda está mejor, ya anda. Preguntó por ti. Pero tú, Gonzalo, querrás comer.

— No; almorcé tremendamente en Corinde. . . Ustedes, como comieron á la hora de la tía Arminda, ¿cenan, eh? A mí me basta con una taza de té muy fuerte.

Graciña corrió, en el alborozo de servir al héroe querido, y por la escalera, bajando con Barrolo, que lo contemplaba extasiado, el hidalgo de la Torre lamentó sus sacrificios.

— Es una horrible molestia. Pero ¡qué diablo! todos debemos coaligarnos para sacar al país del atoladero.

Barrolo, maravillado, murmuraba:

— Y sin decir nada. Así á lo zorro. . . Así, á lo zorro.

— Ahora otra cosa, Barrolo. Mañana, en el Gobierno civil, debes convidar á Andrés á comer. . .

— Claro que sí — gritó Barrolo —. ¿Comer estruendoso?

— No, hombre. Comer muy calladito, muy íntimo. Únicamente Andrés y Juan Gouveia. Telegrafía á Juan Gouveia. También puedes convidar á los Mendozas. Pero comer muy discreto, sólo para conversar, para firmar la reconciliación de un modo más sociable, más elegante.

Al otro día, en el Gobierno civil, Barrolo y Cavalleiro hablaban con tanta desenvoltura como si